



Two generations (Dos generaciones), litografía, 47 x 58 cm, 1979



Dewey y las escuelas rurales en Morelos

♦ Antonio Padilla Arroyo
Xóchil Taylor Flores

En 1911, siendo presidente Porfirio Díaz, se aprobó el decreto por medio del cual se establecían en todo el país escuelas denominadas de “instrucción rudimentaria”,¹ para brindar instrucción educativa a indígenas y campesinos. Sin embargo, esta propuesta tenía el propósito de acallar las críticas ante el poco interés mostrado por las autoridades para atender las necesidades específicas de esos sectores populares. Como su nombre lo indica, la instrucción rudimentaria se limitaba a enseñar lectura, escritura y a hablar castellano, así como nociones básicas de aritmética.

Dicho proyecto no tuvo los alcances que se esperaban, por lo que fue ampliamente criticado; no obstante, se le puede considerar como un antecedente que fijó las bases para que, en 1921, se construyera un proyecto educativo que dejaría huella entre la población indígena y campesina del país y que además se acercaría a sus necesidades apremiantes de subsistencia diaria. El proyecto de las Escuelas Rurales estuvo inspirado, en gran medida, en el modelo pedagógico de John Dewey, quien sostenía la necesidad de romper con los viejos cánones establecidos del aprendizaje memorístico,

abstracto y rutinario, que no prestaba atención a los intereses y capacidades de los educandos y que era característico de la escuela tradicional.²

La idea deweyana parte de una actividad permanente y continua con el objetivo de formar capacidades y hábitos reflexivos enfocados en la resolución de problemas de la vida cotidiana. El papel del maestro, entonces, era el de un guía y acompañante del niño en el proceso de aprendizaje mediante actividades realizadas en proyectos que despertaran su interés y lograran su crecimiento en un ambiente socializado. En México, los principales promotores de esta visión fueron José Vasconcelos, Eulalia Guzmán, Moisés Sáenz, Rafael Ramírez e Isidro Castillo, quienes participaron activamente en la implantación del sistema educativo que recibió directamente la influencia del pedagogo norteamericano.³

Proyecto cultural de escuelas rurales

La escuela se consideró el medio idóneo para mejorar las condiciones de vida de los indígenas y para contribuir al desarrollo económico del país. Así lo concibieron Vasconcelos, quien ocupó el cargo de

¹ *El sistema de escuelas rurales en México*, SEP, Talleres Gráficos de la Nación, México DF, 1927, p. XVIII.

² Ernesto Meneses, *Tendencias educativas oficiales en México: 1911-1934. La problemática de la educación mexicana durante la Revolución y los primeros lustros de la época posrevolucionaria*, Centro de Estudios Educativos AC, México DF, 1986, p. 22.

³ *El sistema de escuelas...*, *op. cit.*, p. 47.

♦ Profesor e investigador, Instituto de Ciencias de la Educación (ICE), UAEM
♦ Maestra en Investigación Educativa, Instituto de Ciencias de la Educación (ICE), UAEM



secretario de Educación Pública en el periodo presidencial de Obregón, y Moisés Sáenz, quien fungió como subsecretario del mismo sector en el periodo de Calles. Para llevar a la práctica dicha visión, Vasconcelos envió a Estados Unidos a algunos maestros, entre ellos Eulalia Guzmán y Rafael Ramírez, para familiarizarse con las tesis pedagógicas de Dewey e incorporarlas en las escuelas rurales mexicanas. En esa época, la figura de Dewey acaparaba la atención de propios y extraños por su propuesta educativa y por la elaboración de sus principios filosóficos experimentales, los cuales favorecían los procesos de aprendizaje en un medio social y democrático. Aunque Dewey no fue profeta en su tierra, la importancia de su pensamiento se difundió en países como Bélgica, Rusia, Japón, China, Perú, Argentina, Costa Rica y México.

Este último fue ejemplo de la puesta en marcha de dicho proyecto experimental en sus escuelas rurales. Al frente de la Secretaría de Educación Pública (SEP), Vasconcelos instaló centros educativos que recibieron el nombre de Casa del Pueblo.⁴ Estas instituciones se sustentaban en el compromiso de establecer una escuela “en y para la comunidad”, en un ambiente de apoyo cooperativo con la comunidad, es decir, en el arraigo sobre bases sociales amplias. La idea central era que mediante dichas casas se proporcionara una educación basada en conocimientos útiles que prepararan a los individuos para su desarrollo futuro de manera integral siguiendo una serie de materias prácticas, a fin de

obtener los recursos necesarios para llevar a cabo labores agrícolas, industriales y domésticas.⁵

Para resolver el problema de las distancias entre cada población, se diseñó la estrategia de organizar y llevar a cada una de ellas un grupo de maestros, quienes se encargarían de preparar a los maestros rurales de la localidad. A estos se les denominó “misioneros itinerantes” o “caminantes”, quienes tenían la misión de viajar de un poblado a otro para fundar escuelas que se abocaban en las tareas de alfabetizar a los campesinos y castellanizar a los indígenas.

En este marco, en 1924, Moisés Sáenz fue nombrado subsecretario de Educación Pública. Durante su estancia en este cargo, transformó las misiones culturales y reemplazó el nombre de Casa del Pueblo por el de Escuela Rural. Sáenz consideró necesario no solo alfabetizar a los indígenas, sino también castellanizarlos, puesto que había dos millones que no entendían el español.⁶ Para él resultaba indispensable que los niños en el medio rural emplearan este idioma en las escuelas para facilitar las actividades propias de su formación educativa, social y cultural.

Las misiones culturales en Morelos

Bajo el impulso de Sáenz, los maestros misioneros se abocaron en las labores de formar y capacitar a los maestros rurales en cada uno de los poblados más apartados del país. De esta manera, la influencia de la pedagogía deweyana en las escue-

⁴ Engracia Loyo, *La Casa del Pueblo y el maestro rural (antología)*, SEP/Ediciones el Caballito, México DF, 1985, p. 10.

⁵ Guadalupe Monroy Huitrón, *Política educativa de la Revolución (1910-1940)*, SEP, México DF, 1975, p. 70.

⁶ *El sistema de escuelas...*, op. cit., p. 47.

las rurales de México permeó varios estados de la república, en particular Morelos, el cual fue uno de los primeros en instalar las misiones culturales. Esta investigación se centra específicamente en la presencia de estas en tres de los municipios más representativos: Atlatlahucan, Puente de Ixtla y Xochitepec, los cuales recibieron directamente la influencia de la pedagogía deweyana.

Los trabajos del Segundo Instituto Social para el Mejoramiento Cultural y Profesional de Maestros del Poblado de Atlatlahucan se inauguraron el 22 de julio de 1928. Se recibió a la Misión Cultural con un festival de bienvenida que organizaron las autoridades, maestros y alumnos de la comunidad, de acuerdo con el informe que presentó a la SEP el profesor Antonio Amaya, jefe de la Misión Cultural de Atlatlahucan.⁷ En ese informe Amaya comentó los puntos más significativos: la organización del tiempo para las actividades a desarrollar, selección de productos propios de la población para la enseñanza industrial y la proyección de la carretera que se tenía programada para comunicar el centro de la población con la estación del ferrocarril.

En Puente de Ixtla, las misiones culturales instalaron el segundo instituto del 4 al 25 de noviembre de 1926, como lo describe el jefe de la misión, Primitivo Álvarez. Dentro de las actividades que se

llevaron a cabo con los niños se estableció la Hora del Cuento, y otras labores importantes a las que se dio seguimiento fueron las siguientes: el Club de Señoras y Madres de Familia, la Junta de Mejoras de Higiene y el Comité de Educación. Las autoridades estuvieron al pendiente de las necesidades de los misioneros, particularmente el gobernador del estado, quien los visitó semanalmente.⁸

El primer instituto de la Misión Cultural se instaló en Xochitepec el 16 de julio de 1928. Las autoridades federales, estatales y municipales les dieron la bienvenida, y se ofreció un discurso en el cual se enaltecía la labor de la Misión Cultural como alternativa para el mejoramiento cultural del profesorado y social de la comunidad. El espíritu de cooperación se manifestó abiertamente en los maestros, facilitando los trabajos y, por consiguiente, el éxito del instituto.⁹

Previo al desarrollo de las actividades del instituto, la misión tenía como encomienda realizar los estudios sobre la preparación profesional de los maestros y sobre los recursos naturales de la población, así como sobre las tendencias, hábitos y propósitos de los vecindarios y sus problemas, para que ella se familiarizara con las necesidades de la comunidad. A pesar de la triste situación pecuniaria que atravesaban algunos profesores por la fal-

⁷ Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública (en adelante AHSEP), Sección: Dirección de Misiones Culturales, Subserie: Segundo Instituto Social en Atlatlahucan, Mor., Años: 1928, Lugar: Morelos, No. Expediente: 1, No. Folio: 155.

⁸ “Informe presentado por el Jefe de la Misión Cultural, Primitivo Álvarez en noviembre de 1926”, AHSEP, Fondo: SEP, Sección: Dirección de Misiones Culturales, Serie: Institutos Sociales, Subserie: Segundo Instituto Social en Atlatlahucan y Puente de Ixtla, Mor., Años: 1928, No. Expediente: 1, No. Folio: 155.

⁹ “Informe dirigido al Profesor Rafael Ramírez, Director de las Misiones Culturales de la SEP, de los trabajos realizados en el primer Instituto Social de Xochitepec, Mor.”, AHSEP, Sección: Dirección de Misiones Culturales, Serie: Instituto Social, Subserie: Primero y Segundo Instituto Social en Xochitepec, Mor., Años: 1928, No. Expediente: 2, Folio: 193, foja 149. En este informe también se elogió la colaboración de dos profesoras: María de Jesús Ocampo, maestra federal, y Epigmanía Ramírez, maestra rural.



ta de pagos, asistían gustosos a los institutos para capacitarse, mostrando siempre disposición en las largas y duras faenas de trabajo diario. Las actividades que se llevaban a cabo duraban de quince a dieciséis horas diarias: iniciaban muy temprano, a las 5:30 de la mañana, y terminaban al anochecer. En los cursos, los inspectores recomendaban a los maestros que mantuvieran prácticas de higiene, y también les daban clases de moral con el fin de formarlos con principios de integridad.

Los maestros rurales recibían con ánimo el nuevo sistema de enseñanza, pues estimaban que, lejos de limitar la capacidad del niño, se le permitía explorar su carácter inquisitivo natural por medio de actividades y en función de proyectos específicos con miras a lograr un fin. El maestro tomaba un nuevo rol hasta entonces desconocido para él, esto es, se le involucraba con un carácter participativo, no de transmisión de conocimientos de manera unidireccional. Se trataba de guiar al niño en la construcción del pensamiento reflexivo, dejando atrás la disposición memorística del educando, que dañaba seriamente su formación educativa.

La relevancia de la escuela rural como agente de educación fue primordial debido al atraso que presentaban las comunidades rurales en todos los ámbitos. Se puso énfasis en trabajar de manera intensa en la labor social, superar las limitaciones económicas y los obstáculos que se llegaron a presentar, pero sobre todo, en mantener un espíritu de liderazgo.

Así, se pretendía que las misiones culturales establecieran lazos estrechos con los pobladores, a fin de trabajar para el bien de la comunidad y recabar fondos suficientes para mejorar la escuela, construir un parque, llevar agua potable y comprar luminarias. La comunidad participaba en la construcción del local de la escuela, del mobiliario para el maestro y sus alumnos, así como en la instalación de algunos anexos para el aprendizaje de oficios: nuevos cultivos, métodos para combatir plagas, criar animales y vacunarlos; construcción de campos de juego e instalación de letrinas.¹⁰

Como sucedió en otros estados, los maestros misioneros en Morelos tuvieron que enfrentar dificultades de toda índole en las diferentes comunidades en las cuales se presentaban: la ignorancia, el fanatismo, los prejuicios, el caciquismo, además de la indiferencia de las autoridades.¹¹ Era tan importante la labor de la misión, que en situaciones de conflicto entre grupos lograba convencerlos sobre la importancia de trabajar por el bien común en las mismas empresas. Por ejemplo, en Puente de Ixtla se logró conformar la Junta Impulsora de Mejoras del Pueblo, que recaudó fondos entre los pobladores para comprar lámparas de gasolina y alumbrar por las noches las calles del pueblo.¹²

Las materias que se impartían a los maestros rurales en los institutos eran agricultura, hortalizas, arboricultura, jardinería y avicultura. En relación con los trabajos de pequeñas industrias se realizaron los siguientes talleres teóricos y prácticos:

¹⁰ Valentín López González, *Historia de la educación superior en el estado de Morelos, 1870-1953*, UAEM, Cuernavaca, 1992, p. 69.

¹¹ *Ibid.*

¹² "Informe descrito por el Jefe de la Misión Cultural..." *op. cit.*

trabajos de curtiduría, que se llevaron a cabo con algunas pieles que los maestros conseguían; conservas alimenticias, como almíbar, jaleas, ates y confituras; envasado de jarabes de frutas, legumbres y chiles; jabonería y perfumería, y elaboración de mentholatum, cremas, pasta dentífrica, brillantinas y lociones.

Con la visita de las misiones culturales se establecía en cada uno de los institutos una biblioteca, la cual se dotaba con una serie de libros, entre los cuales siempre se encontraban los escritos por Dewey: *La escuela y la sociedad* y *La escuela del mañana*. También la SEP, por conducto del maestro Rafael Ramírez, jefe de las misiones culturales, enviaba a ellas periódicamente la revista *La nueva democracia*.¹³

Transformación social de la educación rural

Las autoridades federales intentaban poner todo de su parte para que las escuelas rurales funcionaran y cumplieran su cometido. Al inicio, los profesores se presentaban animados y se esmeraban para aprender y llevar sus conocimientos a cada una de las poblaciones que les eran asignadas. Sin embargo, en la práctica las poblaciones presentaban una serie de problemas importantes de considerar, porque afectaban el funcionamiento regular de las escuelas y propiciaban rezagos educativos.

Por ejemplo, en 1924, los maestros señalaron algunos de ellos: la inasistencia de los niños, que afectaba al desarrollo escolar, debido a que los padres, en lugar de mandarlos a la escuela, los ocupaban en labores agrícolas. En el caso específico de Atlatlahucan, el ayudante municipal refirió que el pueblo debía cooperar en las labores escolares por el bien de sus hijos.¹⁴ Las autoridades estatales intentaban superar estos inconvenientes enviando comunicados a los municipios para sensibilizar a la población sobre la importancia de los objetivos de la escuela moderna.

Esta situación se extendió hasta 1927, cuando se estableció un nuevo padrón escolar de asistencia diaria para llevar un control estricto de las ausencias de los alumnos. Se pretendía que las personas tomaran conciencia de sus actos, como un deber nacional de ciudadanos responsables, que todo mexicano debía cumplir en relación con la propuesta educativa planteada. Sin embargo, la federación tuvo problemas con las autoridades municipales porque, según ella, no se registraban datos fidedignos de los niños que asistían a clases.¹⁵

Otro problema que tenían que enfrentar era la impartición de clases en casas particulares, ya que estas no contaban con permisos de la Dirección General de Educación Pública ni estaban sujetas a visitas por parte de los inspectores reglamentados.

¹³ “Oficio que firma el maestro Rafael Ramírez, dirigido al Jefe de la Misión Cultural de Xochitepec, Mor., donde se le informa el envío de los ejemplares”, AHSEP, Fondo: SEP, Sección: Dirección de Misiones Culturales, Serie: Instituto Social, Subserie: Primero y Segundo Instituto Social en Xochitepec, Mor., Años: 1928, No. Expediente: 2, Folio: 193.

¹⁴ El ayudante municipal presenta su queja por escrito, con fecha 12 de agosto de 1924, al presidente municipal de Tlayacapan y le expone el problema de ausentismo con las siguientes palabras: “algunos padres retrógrados y rutinarios que no aspiran al bien de sus hijos sino al bien pecuniario suyo”. Archivo Histórico de Tlayacapan (AHT), Serie: Instrucción Pública, Subserie: listas de asistencia, Anaquel: 1, Entrepaño: D, caja 4, vol. 27, fojas 79, fechas 1913-1940.

¹⁵ En esa ocasión se le envió un extrañamiento al presidente municipal de Tlayacapan, en el que se le informaba que los dos padrones que mandó presentaban diferencias en el número de niños, reprochándole que no hubiera puesto el cuidado que el asunto requería. AHT, Serie: Instrucción Pública, Subserie: listas de asistencia, Anaquel: 1, Entrepaño: D, caja 4, vol. 27, fechas 1913-1940.



Los padres que ocupaban a sus hijos en las labores agrícolas pagaban una cuota de veinticinco centavos semanales para que les impartieran clases en dichas casas, las cuales funcionaban así como escuelas particulares, como lo denunciaba el maestro Germán Villalba, en una carta dirigida al presidente municipal de Tlayacapan el 25 de mayo de 1926.¹⁶

No solamente los niños faltaban a clases, también se daba el caso de que los maestros se ausentaran, motivo por el cual las autoridades educativas mandaban comunicados a la presidencia municipal de Tlayacapan en los cuales indicaban los periodos escolares de vacaciones y el regreso a clases al término de estos para que las escuelas no permanecieran cerradas, así como algunas medidas disciplinarias para los maestros.

Otra de las situaciones que las autoridades educativas tuvieron que atender fue que los partidos políticos utilizaban las escuelas rurales y a los niños para llevar a cabo actos de proselitismo. En julio de 1927, Moisés Sáenz, siendo subsecretario de Educación Pública, emitió una circular, con copia para los instructores, Departamentos de Enseñanza Primaria y Normal, Escuelas Rurales e Incorporación Cultural Indígena, a los gobernadores de los estados, a los presidentes de Congresos locales y a los presidentes municipales, en la cual exigía que los maestros se abstuvieran de convertirse en

agentes políticos de la comunidad y que no permitieran que los niños ni los planteles educativos fueran usados como instrumentos de propaganda política. Asimismo, recomendaba que los niños no participaran en cuestiones ni en decisiones de personas adultas, respetándoles sus derechos y sus intereses y, sobre todo, que se tuviera presente la función de la escuela como institución educativa.¹⁷

Pedagogía deweyana

La concepción deweyana de sociedad se basa en el principio de que los seres humanos comparten una voluntad de intereses que hacen posible que la sociedad se mantenga unida, esto es, que las personas que la conforman actúen con la vista puesta en direcciones comunes. Esta fue la tarea que asumieron las autoridades de la SEP, las misiones culturales y los maestros rurales.

En el caso de Morelos, no hay suficiente información para decir que la filosofía política de Dewey influyó tal cual; sin embargo, en algunos pasajes o descripciones podrían vislumbrarse procesos similares acerca de la manera en que debía instrumentarse la democracia participativa deweyana “como una forma de vida”. Por ejemplo, en las actividades que desarrollaron las misiones culturales en algunas poblaciones de Morelos, que definitivamente tuvieron un sentido deweyano:

¹⁶ “Con el debido propósito de burlar de esa manera la Ley de instrucción pública, más como en mi concepto no existe una escuela particular que pueda llevar ese nombre, primero porque no han sido manifestadas a la Dirección General de Educación Pública, segundo porque no se han sujetado a los programas oficiales ni a las inspecciones escolares. Por todo lo expuesto, opino que se debe exigir a los niños que concurran a recibir instrucciones en casas particulares, para que asistan a las escuelas oficiales”. AHT, Serie: Instrucción Pública, Subserie: noticias, Anaquel: 1, Entrepaño: E, caja 3, vol. 13, fojas 66, fechas 1924-1930.

¹⁷ AHT, Serie: Instrucción Pública, Subserie: noticias, Anaquel: 1, Entrepaño: E, caja 3, vol. 13, fojas 66, fechas 1924-1930.

los maestros rurales se preparaban para asumir la labor de líderes, tenían la convicción de que, además de su labor educativa, estaba la social, y que tenían que superar junto con la comunidad los obstáculos económicos, materiales y de infraestructura imperantes en la región. Para lograr este cometido, en algunos poblados se recababan fondos con la cooperación de la comunidad, unas veces para construir un parque infantil que contara con columpios, otras, con la mano de obra para la construcción de la escuela, o bien, algunos vecinos enseñaban el tejido de palma, o le daban a los niños clases de orfeón, mientras otros enseñaban canciones en su lengua nativa.¹⁸

La pedagogía deweyana de la escuela de la acción se fue adaptando a las escuelas rurales poco a poco, pero se construyó con un sello distintivo propio. Los maestros rurales, además de educar a los niños, extendieron sus actividades escolares a los adultos y a la comunidad misma. En cada una de las regiones, a pesar de las distancias y la inquebrantable fortaleza de los indígenas, solían recorrer distancias considerables de terreno para llegar a la escuela nocturna, y se alumbraban con velas que ellos mismos llevaban o con candiles improvisados.¹⁹

La importancia de superarse, de aprender a leer y a escribir, de aprender el cultivo de los campos o el arado de la tierra con otras técnicas modernas, los llevó a visualizar oportunidades de crecimiento. La pedagogía deweyana, diseñada para los niños, se adaptó en las escuelas rurales para atender las necesidades de los adultos.

La idea del espacio y tiempo sociales que sugiere Pierre Bourdieu permite examinar las prácticas sociales, culturales y educativas que se despliegan en un espacio colectivo,²⁰ las cuales se hicieron presentes en las escuelas rurales. Los maestros llevaron a cabo un trabajo ejemplar que muchas veces fue más allá de las actividades que confiere un horario escolar determinado. Por la mañana, realizaban actividades escolares con los niños en el aula, dirigían los talleres, labraban el campo, atendían los huertos, convivían y a la vez enseñaban a la comunidad hábitos de higiene. Al anochecer se concretaban en la enseñanza de los adultos, labor que Sáenz valora con las palabras siguientes: “Cuan labor más noble de los maestros rurales, entregados con la comunidad, rebasados en los tiempos escolares, no habría salario suficiente para pagar su entrega y dedicación”.²¹

¹⁸ AHSEP, Fondo: SEP, Sección: Dirección de Misiones Culturales, Serie: Institutos Sociales, Subserie: Segundo Instituto Social en Atlatlahucan, Mor., Años: 1928, No. Expediente 1, Folio: 155.

¹⁹ Moisés Sáenz, *México íntegro*, SEP/FCE, México DF, 1980, p. 187.

²⁰ Pierre Bourdieu, *Capital cultural, escuela y espacio social*, Siglo XXI, México DF, 2005, pp. 24-29.

²¹ Moisés Sáenz, *México íntegro...*, *op. cit.*, p. 58.